

**Cuando la ciudad cambia de lente:
el relevo audiovisual caleño en *Rostros y Rastros***

por María José Castillo Candezano

El documental latinoamericano ha sido, históricamente, un terreno fértil para la búsqueda social, ética y estética que interpela las realidades de esta región. Este formato no sólo se ha perfilado como artístico sino como herramienta de transformación, denuncia y memoria colectiva. Esa voluntad de registro se expresa tanto en la exploración de la marginalidad como en los relatos sobre los conflictos urbanos y las dinámicas del poder. En las últimas décadas, la renovación de lenguajes y tecnologías ha permitido a nuevos cineastas experimentar con formatos híbridos, ampliar las voces narrativas y abrir el espacio para discusiones sobre género y diversidad, enriqueciendo el diálogo entre cine y sociedad.

En este panorama, Cali y el suroccidente colombiano se insertan como escenarios privilegiados de esta apuesta documental. Aquí surge *Rostros y Rastros*, no solo como un proyecto audiovisual emblemático de la ciudad, sino como una propuesta que recoge y actualiza las inquietudes centrales del documental latinoamericano: el vínculo entre memoria y presente, la exploración de lo cotidiano y el cuestionamiento permanente de las formas de representación. *Rostros y Rastros* se ubica entonces en la tradición regional, pero también propone nuevas sensibilidades que dialogan con los cambios del entorno caleño y con el recambio generacional de sus realizadores.

La experiencia de este programa evidencia que el documental latinoamericano es un espacio vivo y mutable, donde cada generación encuentra modos distintos de narrar, habitar y respirar su ciudad, y donde los límites entre memoria y experimentación son el motor esencial para repensar lo audiovisual como campo de construcción colectiva.

Nacido en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle y emitido por Telepacífico, *Rostros y Rastros* ha sabido documentar, semana a semana, las múltiples vidas, oficios, luchas y crisis de una ciudad en transformación acelerada, convertida en laboratorio para el imaginario nacional.

La serie, que contabilizó más de 300 capítulos, retrató en profundidad el vasto mosaico cultural, arquitectónico, económico y espacial de Cali. Desde las arquitecturas que se desvanecen y resurgen, hasta la euforia y decadencia del cartel del narcotráfico, pasando por la memoria de las

salsotecas y la vida cotidiana de vendedores, artistas y trabajadores, el programa fue, a su modo, archivo y performance, memoria y profecía de la ciudad por venir.

Entre fines de los 80 y los 2000, la inquietud de los primeros realizadores (Ospina, Campo, Dorado, entre otros) parecía emanar de la pregunta por lo colectivo: la ciudad, la marginalidad, la fiesta, la violencia, la urbanización, las cuales se veían a través del prisma del reportaje, la observación participante y el testimonio. Ejemplo de esta mirada es el episodio **El Cali que se fue** (1989), donde habitantes reconstruyen, desde la evocación y la nostalgia, la metamorfosis de la ciudad durante el siglo XX. También en **Cali, coca y modernización** (1996), la cámara narra los efectos del narcotráfico sobre el territorio y su cultura.

Nueva generación: otro ritmo, misma esencia

Si la serie original condensó la memoria urbana de una Cali de fin de siglo, *Rostros y Rastros: nueva generación* aparece como la respuesta de una ciudad que ya no se reconoce únicamente en los grandes relatos de la modernización y la violencia, sino en la textura de lo íntimo, lo cotidiano y lo afectivo. Emitido hoy por Telepacífico y producido por el canal Univalle TV, este nuevo ciclo retoma la marca del programa para probar hasta dónde puede estirarse la idea de “rostros” y “rastros” en una ciudad atravesada por otros cuerpos, otras precariedades y otras búsquedas de futuro.

Los nuevos realizadores, en su mayoría, jóvenes formados en la Escuela de Comunicación Social de Univalle, se apropian del programa como un campo de experimentación. A diferencia del registro panorámico de la serie original, la cámara ahora se aproxima sin miedo a lo minúsculo y lo íntimo: los afectos, las historias de vida cotidiana, las luchas identitarias y las migraciones se convierten en objeto y sujeto del documental.

Episodios como **Toñita**, **Alen**, **Migración** o **¿Pa’ dónde va tan de mañana?** organizan la narración alrededor de trayectos mínimos, biografías singulares y gestos cotidianos. Una mujer mayor en su barrio, un sujeto que transita entre territorios y lenguajes, el registro de una familia fragmentada por la migración, son ahora el centro de gravedad del relato. La ciudad se desplaza del fondo al primer plano del cuerpo; la cámara se permite demorarse en detalles, silencios, texturas de luz que difícilmente encontraban lugar en el formato más rígido del reportaje televisivo de los noventa.

En este tránsito, el archivo también muta: a los materiales institucionales y urbanos de la serie original se suman videos de celular, fotografías familiares, registros de redes sociales, fragmentos de otras películas, en línea con la poética del archivo performativo y el cine ensayo latinoamericano contemporáneo. La política del programa ya no reside sólo en lo que se denuncia o visibiliza, sino en cómo se sitúa la cámara frente a los cuerpos, cómo permite que la voz en off se vuelva confesión, duda, balbuceo, y cómo el montaje construye una experiencia sensorial de la ciudad más que un informe cerrado sobre ella.

Sin embargo, el contacto con la raíz permanece firme. La asesoría y producción general de veteranos como Oscar Campo y Antonio Dorado no sólo legitiman el proceso ante la tradición audiovisual caleña, sino que garantizan una continuidad ética y política. El respeto por la memoria, el rigor en la búsqueda de sentido y la vocación por retratar las múltiples formas de habitar la ciudad. El legado no es un peso muerto, sino una brújula. Es gracias a ese acompañamiento y al diálogo intergeneracional que *Rostros y Rastros* logra reconstruirse constantemente, manteniéndose fiel a su promesa inicial: ser, más que un programa, un espejo y un territorio en permanente mutación para la Cali de cada época.

Del lente observador al lente que habita

El cambio en *Rostros y Rastros* no se reduce a una mera transición técnica de los formatos analógicos a la fluidez digital, sino que representa un giro profundo, político y sensible en la manera de filmar y pensar la ciudad. Ya no se trata solo de “hablar sobre Cali” como un objeto externo, sino de habitarla desde adentro con la cámara, de caminar sus calles como protagonistas y compartir su experiencia vital a través del cuerpo y la subjetividad. La cámara se acerca a lo íntimo y cotidiano, incorporando la relación entre quien mira y quien es mirado. Es un ejercicio tanto político como estético.

La sensibilidad documental se orienta hacia la visibilización de cuerpos en su diversidad (afrocolombianos, disidencias sexuales, migrantes), y a la exploración de las experiencias que constituyen esa trama invisible de la ciudad. En este sentido, el programa se inscribe en la tradición del documental latinoamericano que cuestiona los modos hegemónicos de representación y apuesta por narrativas desde los márgenes.

Esta transformación se refleja también en el perfil de quienes cuentan Cali. La nueva generación amplía el espectro, pues hay una mayor presencia de mujeres directoras y realizadoras jóvenes que aportan nuevas sensibilidades y estéticas. Los relatos afro se posicionan en el centro,

las disidencias sexuales y las experiencias migrantes encuentran voz y visibilidad. Se rompe con el paradigma para construir una red diversa y dinámica de miradas que dialogan tanto con las raíces del proyecto como con los debates actuales que reivindican una representación plural, sensible y comprometida con las luchas sociales.

El lente que filma a Cali en esta “nueva generación” no solo capta imágenes, sino que se convierte en un cuerpo más, en un instrumento de habitar, resistir y transformar la ciudad desde lo social, asumiendo que la imagen siempre está atravesada por relaciones de poder y memoria. La ciudad cambia verdaderamente de lente cuando quienes la cuentan también transforman sus modos de mirar, sentir y narrar desde la subjetividad y el compromiso político.

Así, el relevo audiovisual caleño no implica la cancelación de la primera *Rostros y Rastros*, sino su relectura desde otra generación que habita una Cali distinta, digitalizada, desigual, movilizadora, y que no se queda con la versión única de la historia. Entre la serie original y *Rostros y Rastros: nueva generación* se dibuja una línea de continuidad y ruptura: la misma ciudad, el mismo programa, pero un lente radicalmente transformado que confirma que Cali ya no se mira como antes sino que se habita y se cuestiona constantemente.

El resultado es un documental caleño que sigue reinventándose, abierto a la pluralidad y la experimentación, pero siempre anclado en la convicción de que la ciudad se cuenta mejor cuando se integran el presente y la memoria con la frescura de lo nuevo y la sabiduría de lo recorrido.